

ALFAGUARA



Bernardo Atxaga

Días de Nevada

Traducción de Asun Garikano
y Bernardo Atxaga

SILENCIO

Siempre hay silencio en Reno, incluso de día. Los casinos son edificios estancos, cubiertos por dentro con moqueta, y ningún sonido cunde más allá de las salas donde se alinean las máquinas tragaperras y las mesas de juego. Tampoco se hace notar el tráfico de la calle más transitada, Virginia Street, o el de las autovías que cruzan la ciudad, la 80 y la 395, como si también ellas estuvieran enmoquetadas, o como si los coches, los camiones, circularan en secreto.

Cuando anochece, el silencio, lo que subjetivamente se siente como tal, se hace aún más profundo. El tintineo de una campanilla pondría en guardia a los policías de vigilancia urbana. Si en una casa estallara un petardo, saldrían hacia allí a toda velocidad, con las luces de alarma del coche encendidas.

El silencio fue lo primero que sentimos el día de nuestra llegada a Reno, el 18 de agosto de 2007, después de que se marchara el taxi del aeropuerto y nos dejara solos frente a la que iba a ser nuestra casa, en el número 145 de College Drive. No había nadie en la calle. Los contenedores de basura parecían de piedra.

Deshicimos las maletas y salimos a la terraza de la parte trasera de la casa. En la oscuridad solo se percibían algunas formas: rocas, hierbas altas que semejaban juncos, varios cactus. El jardín era bastante grande. Ascendía por una ladera y lo flanqueaban árboles y arbustos.

Ángela pulsó un botón rojo situado junto a la puerta trasera, y la luz de los dos focos del muro iluminó

el jardín en un campo de treinta o cuarenta metros. En lo alto de la ladera había una casa grande; en la zona de la derecha, la más poblada de árboles, una cabaña.

Izaskun y Sara corrieron hacia la derecha.

—¡Aquí hay algo! —exclamó Izaskun, agarrando a su hermana del brazo.

Distinguí, cerca de la cabaña, dos puntos, dos agujeritos amarillos, dos ojos brillantes. No se movían, no parpadeaban. Su fijeza no era humana.

Había leído antes del viaje una guía de Nevada en la que, entre los riesgos a tener en cuenta, se citaban, casi en primer lugar, inmediatamente después del sol, las serpientes de cascabel. Pero, según las fotografías y las demás referencias, vivían en el desierto y nunca salían de allí. Pensé que los ojitos amarillos no serían los de un reptil, sino los de un gato. Pero no podía estar seguro.

Había una pala junto a la puerta de la cabaña. La cogí y di un paso adelante. Esperaba algún ruido, algún movimiento. Pero no hubo nada. Solo silencio, el mismo silencio que habíamos encontrado al bajar del taxi.

Mi vista se fue acostumbrando a la oscuridad. Distinguí una cabecita. Más atrás, una cola a rayas.

—Es un mapache —dijo Ángela detrás de mí.

Izaskun y Sara querían quedarse junto a él. Pero, contra la opinión de Ángela, no se lo permití. La guía de Nevada no incluía a los mapaches entre los peligros que acechaban al visitante, pero hablaba de que algunos podían tener la rabia.

LA CASA DE COLLEGE DRIVE

Podía haber sido una mansión como las de los barrios ricos de las ciudades estadounidenses, pues tenía escalinata y porche, y una delicada armonía entre sus diferentes partes, tejado, ventanas, muros; pero la escalinata

era ruin, y en el porche no habrían cabido dos sillas mecedoras. En el interior, el espacio habitable no llegaba a los cuarenta metros cuadrados. La casa era una mansión, pero en miniatura.

Tenía dos habitaciones, una de ellas normal, de una sola cama, y la otra diminuta, en la que justo cabían dos jergones de ochenta centímetros de ancho. El baño era estrecho. El pasillo, más estrecho aún. La cocina, un rectángulo, estaba dividida en dos mitades. La primera de ellas la ocupaban el frigorífico, la fregadera y cuatro fuegos eléctricos; la segunda —un espacio que recibía la luz de la ventana que daba al jardín—, una mesa cuadrada y cuatro sillas. A falta de sala, el sofá y el aparato de televisión habían sido colocados en la entrada.

La casa estaba llena de periódicos viejos, folletos publicitarios y cartas sin abrir, y nuestro primer trabajo, después de vaciar las maletas, fue hacer un escrutinio para tirar al contenedor lo que carecía de interés. Salvamos únicamente unos cuantos ejemplares del *Reno Gazette-Journal* y una carta del Bank of America que llevaba el sello de *documents* y estaba dirigida a un tal Robert H. Earle.

SEGUNDA NOCHE EN RENO

Me levanté a las dos de la madrugada a beber agua y allí estaba Sara en la entrada, de pie en el sofá. Vista de espaldas, con su pequeño camisón, parecía una muñeca. Miraba hacia el ojo de cristal esmerilado de la puerta.

Al otro lado del ojo, los edificios de los casinos perdían su contorno y se convertían en manchas. El color dominante era el rojo.

Llamé a Sara en voz baja. No me oyó. La cogí en brazos y la llevé a la cama.

21 DE AGOSTO DE 2007. NOCHE

Salimos a dar nuestro primer paseo nocturno y caminamos cien metros por College Drive hasta llegar a la parte alta de Virginia Street. Desde allí se divisaba toda la ciudad: una trama de luces blancas y acristaladas de la que sobresalían los casinos iluminados de rojo, verde o fucsia. A lo lejos, las luces se iban espaciando y parecían, al final, salpicaduras. Más allá, la oscuridad plena, el desierto.

Según el taxista que nos había traído del aeropuerto, Reno tenía una población de 225.000 habitantes, a los que había que añadir los de la ciudad contigua, Sparks, otros 100.000; pero, en muchos aspectos, en cuanto al número de habitaciones de hotel, por ejemplo, o en cuanto al número diario de vuelos, estaba a la altura de las ciudades de un millón de habitantes. De noche, viendo las luces, la apreciación parecía razonable.

Bajamos por Virginia Street hasta la zona en la que, por debajo del nivel de las casas, cruza la autovía 80, y vimos allí, junto a un *drugstore* de la cadena Walgreens, a unos mendigos acurrucados. Al otro lado de la calle, en el aparcamiento de la gasolinera Texaco, dos coches de la policía vigilaban sin dejarse ver, desde las sombras.

Se acercó un helicóptero volando muy bajo y señalando su posición con una luz roja intermitente. Superó la autovía 80 y tomó tierra en el techo del Saint Mary's, el hospital que, sin éxito —era demasiado caro para la cuota que pagábamos—, habíamos pedido en un principio a nuestra casa de seguros.

Dejamos la calle en dirección al campus de la Universidad. Estaba oscuro. En el estanque que encuadraban el edificio de los comedores y la Escuela de Minas, Manzanita Lake, había un cisne. Se deslizaba sobre el agua con suavidad, sin otro impulso aparente que el de la brisa que venía del desierto.

23 DE AGOSTO. NOCHE DE TELEVISIÓN

Daban un documental sobre la Segunda Guerra Mundial, y me quedé a verlo después de que Ángela y las niñas se hubiesen ido a la cama.

La voz del narrador era dulce, y los antiguos soldados, ahora octogenarios, hablaban con tristeza de los compañeros caídos en Normandía. De fondo, las notas de un tema musical de Henry Mancini, *Soldier in the Rain*, y de otra pieza, también lenta, también triste, que no identifiqué.

Me vino a la mente lo que habíamos visto a nuestro paso por el aeropuerto de San Francisco: banderas británicas y españolas por doquier, carteles donde se hablaba de la «guerra contra el terror» o se citaba a las «naciones amigas de Estados Unidos».

El documental adquirió de pronto un nuevo sentido. Estábamos en un país en guerra. Habían pasado cuatro años desde que George Bush decidiera la invasión de Irak, y las bajas del Ejército americano se contaban por miles. La voz dulce del narrador, las notas tristes de *Soldier in the Rain*, todo lo que en el documental apelaba al corazón o al sistema nervioso de la espina dorsal, tenían por objeto el presente, no el pasado.

EL SUEÑO

Me quedé dormido delante de la televisión, y me vi a mí mismo a nueve mil kilómetros de Reno, en un hospital de San Sebastián. Estaba en una cama estrecha, rodeado de barrotes metálicos, tratando de atraer la atención de la cuidadora nocturna que mi familia había contratado para que me atendiera. Tenía necesidad de ir al servicio.

La cuidadora no me hacía caso. Era una chica joven, de unos veintidós años. Hablaba con alguien por el teléfono móvil.

—Pues sí, aquí estoy, en la playa —dijo, golpeando con la mano la colchoneta que utilizaba para tumbarse y descansar.

Conocía la expresión, se la había oído más veces. Cuando hablaba con su pareja, llamaba «playa» a la habitación del hospital. Era su humor.

Temiendo mojar la cama, intenté echar abajo los barrotes que me encerraban. No pude, y llamé a gritos a la cuidadora. Ella apagó el teléfono y se puso a garabatear en las páginas de una revista ilustrada. Alargué el cuello por encima de los barrotes y logré entender una de las frases que había escrito: «Ya sé que a veces me ves rodeada de un aura de tristeza...».

La insulté tratando de tirarle la almohada a la cabeza, pero lo único que conseguí fue torcer la guía del sueño que tenía en la vena del brazo derecho.

—¡Quiero que me quiten estos barrotes! ¡No soy un mono de jaula!

Me desperté, abrí los ojos. Las imágenes en blanco y negro de la pantalla de la televisión mostraban un tanque ardiendo.

Las piezas de la escena, piezas verdaderas, estaban trastocadas en el sueño. Existía una cuidadora nocturna que llamaba «playa» a la habitación del hospital y embozonaba las páginas de las revistas con bobadas sentimentales; existía en aquel hospital una cama con barrotes. Pero el que protestaba —«¡Quiero que me quiten estos barrotes! ¡No soy un mono de jaula!»— no era yo, sino mi padre. Por otra parte, nada tenía que ver la cuidadora en el asunto. Era yo el que, por no llevar la contraria a las enfermeras, se negaba a quitarle los barrotes.

25 DE AGOSTO. PRIMER DÍA DE ESCUELA

Mount Rose School, la escuela de Izaskun y Sara, se encontraba en Grandview Avenue, a cinco minutos de casa en el Ford Sedan de segunda mano que nos acabábamos de comprar.

Pusieron a Sara con otros treinta niños de nueve y diez años de edad en una clase que estaba bajo la responsabilidad de dos profesoras y de una estudiante de Magisterio en prácticas. Izaskun fue a parar a una clase de adolescentes o casi adolescentes, quince alumnos a cargo de una sola profesora. Nada más cerrarse las puertas de las aulas, el director de la escuela dirigió a todos un pequeño discurso de bienvenida por los altavoces, citando a nuestras hijas, «Isaskun», «Sawra», entre los nuevos alumnos del centro.

Las clases terminaban a las tres de la tarde. Volvimos allí después de comer en la Universidad y espiamos desde las ventanas que daban al patio lo que ocurría en las aulas de Izaskun y de Sara. Las profesoras leían en voz alta, y nuestras hijas tenían la misma actitud que los demás niños. De mejor o peor manera, comprendían lo que estaban escuchando. El esfuerzo de Ángela durante los meses anteriores al viaje no había sido en vano.

Los alumnos fueron saliendo en fila, y cada uno de ellos recibió en la puerta un abrazo de su profesora.

LA PELÍCULA DE LA NOCHE

Los aviones militares se acercaban una y otra vez al Empire State disparando con sus ametralladoras contra King Kong, que se había subido a lo más alto del edificio. Se veía de vez en cuando a la chica medio desnuda que el simio tenía en una de sus zarpas, o a la gente que, en la calle, rodeaba el edificio y miraba hacia arriba; pero lo que ocupaba la panta-

lla durante la mayor parte del tiempo era el ataque de los aviones. Primero, un plano del piloto; luego, los disparos; al final, el bramido del motor. Imágenes repetitivas, cansinas.

A King Kong, que ya había matado, mientras vivía en la isla, al dinosaurio y a la serpiente gigantesca, que había raptado, además, a una legión de muchachas, la violencia no debía de resultarle extraña; pero fuera de la selva no comprendía nada. No acertaba a identificar la mancha roja de su cuello, las heridas provocadas por las invisibles balas de las ametralladoras, y se esforzaba sin convicción en contra de los aviones. Atrapaba al fin uno de ellos y lo derribaba; pero no conseguía nada, no había tregua. Los otros aviones se abalanzaban sobre él y le disparaban sin descanso. *Ta-ta-ta-ta, ta-ta-ta-ta.*

King Kong dio un traspie, y solo la antena del Empire State le salvó de precipitarse al vacío. El final estaba cerca. Sara, nuestra hija de nueve años, empezó a llorar en silencio, como para sí misma. Seguiría así durante toda la película.

King Kong comprendió de pronto que su última hora había llegado y tuvo un gesto de nobleza. Hizo un último esfuerzo y depositó en el suelo a la muchacha que tenía en su zarpa. Luego se dejó caer. La pantalla lo mostró tendido en la calle, y se oyó la voz de alguien que afirmaba que no le habían matado los aviones, sino el amor. Ahí terminó la película. No, en cambio, el llanto de Sara. Lloraba ahora desconsoladamente.

No había modo de que se tranquilizara, y comenzamos a argumentar:

—Tienes que comprenderlo. Le han hecho daño, pero él también lo había hecho antes.

Sara respondió sin dejar de sollozar:

—Pero él lo hacía sin querer, y los otros, queriendo.

No hubo forma de superar aquel punto, y la llevamos a la cama con la esperanza de que la reina Mab le trajera sueños que le hicieran olvidar la suerte de King Kong.

NOCHE EN TACO'S

Anduvimos de compras en el centro comercial situado en el cruce de Northtowne Street y la vía de circunvalación de la ciudad, McCarran. Al atardecer, hacia las siete, dejamos las bolsas en el maletero del coche y fuimos a cenar a un restaurante de comida rápida de la cadena Taco's. Quedaba allí mismo, al otro lado de McCarran, en un alto.

La cocina del restaurante estaba a la vista, separada únicamente por un mostrador de tres o cuatro metros de largo, y las empleadas que trajinaban allí, todas ellas latinas, preparaban la comida y la iban almacenando en bandejas metálicas como las de los *self services*. Los clientes, numerosos, recogían su envase con la cena en una ventanilla que daba al aparcamiento, sin bajarse del coche, o en el mismo mostrador. Para las personas que preferían quedarse, el restaurante disponía de unas diez mesas.

No era un establecimiento del todo vulgar. Tenía un gran ventanal que daba a McCarran y la ciudad, iluminada y brillante, diamantina, lucía en él como en un cuadro.

Las niñas eligieron la primera mesa del local, al lado de la puerta, a pocos metros de un cliente que había llamado su atención. Era un latino joven, gordo, de unos ciento treinta kilos de peso.

—¿No preferís la ventana? —les dije.

No, preferían la mesa desde la que podían observar al hombre. Tenía una cabeza que les asustaba y les atraía al mismo tiempo, enorme, redonda, completamente rapada, incrustada como una bola en un cuello dos veces más grueso de lo normal.

El hombre gordo miraba con frecuencia hacia la cocina. En cierto momento, se levantó y fue a hablar con una de las chicas que preparaban los envases de comida.

Pensé que tendría una relación personal con ella, o que sería un empleado del restaurante fuera de turno. En cualquier caso, no era un cliente, no estaba consumiendo nada. Su única preocupación, aparte de la chica de la cocina, era su teléfono. Movía los dedos por el teclado constantemente, como jugando, sin marcar realmente ningún número.

Nada más sentarme me di cuenta de que tenía las manos sucias y fui al servicio, quince pasos. Pero estaba cerrado y volví a la mesa.

—No están sucias de verdad —me dijo Izaskun—. Te has manchado con los polvos de maquillaje que hemos comprado para cuando llegue Halloween.

Nos llamaron para recoger nuestras bandejas, y antes de hacerlo volví a acercarme al servicio. Inútil, seguía cerrado. Un momento después, tenía las manos aún más sucias que antes, porque la bandeja que cogí del mostrador tenía grasa y restos de salsa.

—¿Qué es esta porquería? —pregunté a una de las empleadas.

Sin un gesto, puso en mis manos una bandeja limpia y un taco de servilletas de papel.

Había un nuevo cliente en el restaurante, de pie junto a la puerta. Iba vestido al estilo *cowboy*, con una camisa de fantasía de color morado y ribetes blancos. Pensé que debía de ser la persona que ocupaba el servicio, y fui rápidamente a lavarme las manos. Acerté: la manilla de la puerta cedió.

El papel higiénico estaba desparramado por todo el suelo, y un trapo mojado taponaba el lavabo. Me lavé las manos con cuidado, tocando solo lo imprescindible. Vi al salir que la papelera estaba volcada en un rincón. Alrededor, un revoltijo de cosas. Restos de comida, envoltorios de dulces, más papel higiénico.

Unas diez personas esperaban ahora en fila ante el mostrador de la cocina. Los últimos eran dos policías.

Llevaban la gorra bajo el brazo y mostraban una actitud humilde, como si en lugar de en un restaurante de comida rápida estuvieran en una capilla; pero el color azul de sus uniformes y la pistola que llevaban al cinto hacían su efecto y los clientes se mantenían alerta, sin cruzar palabra.

Los policías solo estuvieron en la fila el tiempo necesario para observar a las empleadas, y acabaron acercándose a la que había estado hablando con el hombre gordo. Ella extendió el brazo señalando hacia fuera.

Pensé que habría algún coche que molestaba, y le pregunté a Ángela si nosotros habíamos aparcado bien el nuestro.

—Te preocupas por todo —me dijo Izaskun—. Antes, las manos. Ahora, el coche.

La policía salió del local con la misma discreción que había mostrado hasta entonces, y por un momento todo estuvo en calma y en silencio, como si, efectivamente, Taco's se hubiese convertido en una capilla. De pronto, como empujado por un resorte, el hombre gordo corrió a hablar con la empleada. Se movía con ligereza. Era rápido.

La chica le atendió de forma displicente. Había entre ellos, en altura, una diferencia de unos veinte centímetros; en peso, la diferencia debía de superar los sesenta kilos. No obstante, daba la sensación de que era ella la que le miraba por encima del hombro. En ningún momento de la conversación dejó de llenar de comida los envases de plástico.

El local se quedó vacío. No había nadie delante del mostrador. En las mesas, solo estábamos nosotros y el hombre gordo. Él seguía con su teléfono móvil. Izaskun leía un cómic. Ángela y Sara comparaban los colores de los polvos de maquillaje en una servilleta. Al otro lado del ventanal, los casinos de color rojo, fucsia y verde parecían catedrales.

Se abrió la puerta y entraron tres policías, los dos de antes y un tercero de más edad. Fueron primero al servicio y luego al mostrador, donde la chica displicente. Tra-

tando de explicar lo que estábamos presenciando, hablé a las niñas del desorden del servicio y de la suciedad de la bandeja. Alguien habría llamado a la policía quejándose por la falta de higiene. Me vino a la mente el *cowboy* de camisa de color morado y ribetes blancos que había visto de pie junto a la puerta.

El hombre gordo volvió a levantarse y fue a reunirse con los tres policías y la chica. Los cinco estuvieron hablando en voz baja; a continuación, el hombre gordo y dos de los policías salieron a la calle. El tercero, el de más edad, se quedó hablando con la chica. Ella le señaló una y otra vez la cocina, con vehemencia, levantando la voz. No se acobardaba fácilmente.

Izaskun vio lo que pasaba fuera a través del cristal de la puerta.

—Un policía ha tirado una bolsita de polvo blanco sobre la capota del coche —dijo—. Parece azúcar o harina. Pero seguro que es droga.

Salimos del restaurante para volver a casa y allí estaba el hombre gordo, sentado en el bordillo de la acera y rodeado de policías, con las manos esposadas en la espalda. Debido a la postura, el tatuaje que bajaba por su nuca era fácil de reconocer. Una serpiente.

Había unos diez coches de la policía en el aparcamiento de Taco's, y tuvimos que sortearlos para salir a McCarran. Sara preguntó si el hombre gordo iría a la cárcel. Respondimos que sí.

—¿Para un mes? —dijo.

Pensé que serían años, pero no le di una respuesta clara.

—Yo creo que no había mucho polvo en la bolsita, y que le sacarán enseguida de la cárcel —dijo Izaskun.

Tal como había ocurrido la víspera con King Kong, las niñas sentían compasión por el detenido.

Despierto en la oscuridad de la habitación de College Drive, volví a acordarme del *cowboy* de camisa de

color morado y ribetes blancos. Sin lugar a dudas, era policía. Él había revuelto el servicio de Taco's en busca de la droga cuando sus compañeros uniformados ya tenían rodeado el lugar. Habrían seguido hasta allí al hombre gordo. A él, o a su teléfono.

No alcanzaba a ver la trama con claridad, pero no me importó. Ya pasó la época en que los *thrillers* parecían trascendentales. El tema fundamental era, ahora, el que ponía de manifiesto la reacción de las niñas: ¿qué nexo debe haber entre la justicia y la compasión? ¿Hasta qué límite puede llegar la sociedad a la hora de defenderse? ¿Qué debe hacer la ciudad con King Kong?

Las preguntas giraban en mi mente. Eran sombras en la habitación. Me dormí sin esperanza. Ni siquiera la reina Mab, dueña de los sueños, sabría encontrar una respuesta.

EL OJO DAÑADO Y EL OJO VIGILANTE

Nos sorprendió una ráfaga de viento en el momento en que salíamos hacia la escuela, e Izaskun empezó a dolerse por un golpe que había sentido en un ojo. Vimos enseguida que tenía una herida en la córnea.

—El viento llevaba piedras —dijo.

Llamamos por teléfono a la oficina que nuestra casa de seguros tenía en Estados Unidos, y salimos a toda velocidad hacia la clínica que nos asignaron. Estaba en el número 1441 de McCarran, a unos diez kilómetros.

Tuvimos que esperar media hora en la sala por un mal entendimiento entre la casa de seguros y la administración de la clínica. Luego, otra media hora más, porque el médico cubrió con un líquido naranja la córnea dañada y se necesitaba un tiempo para que hiciera reacción.

—La herida no es profunda. Se curará por sí sola —dijo el médico al fin, limpiando el ojo con suero.

Dejamos a las niñas en la escuela a eso de las once de la mañana, y cinco minutos después ya estábamos en casa. En el teléfono, un aviso de la policía o de algún servicio de seguridad, informándonos de que ni Izaskun ni Sara habían acudido a la escuela a la hora debida.

El ojo de cristal esmerilado de la puerta de nuestra casa atrapaba la imagen de los casinos del centro, pero el otro ojo, el Ojo Vigilante, era más agudo y veía incluso los interiores de la ciudad.

27 DE AGOSTO DE 2007. MARY LORE

La directora del Center for Basque Studies (CBS) se llamaba Mary Lore Bidart. Era una mujer de unos cuarenta años, de ojos claros.

—Si quiere que el papeleo lo hagamos en otro momento, por mí de acuerdo —dijo.

Estaba sentado frente a ella, pero sin decir palabra. Me costaba pensar.

—Todavía no me he acostumbrado al cambio horario. La cabeza me pesa como una piedra —me disculpé.

Tardé casi un cuarto de hora en rellenar los impresos que la Universidad de Nevada exigía a los *visiting writers*. Poco después llegó Ángela y recogió el carnet que le daría derecho a utilizar la biblioteca y acceder a los archivos.

Antes de salir del despacho, dejamos sobre la mesa la carta que el Bank of America había enviado a Robert H. Earle, la que salvamos en el escrutinio de College Drive.

—De modo que todavía le escriben a esa dirección —dijo Mary Lore al verla—. La casa fue su estudio hasta que se jubiló. Pero hace ya tres años de eso.

Aquello explicaba las menguadas dimensiones de la casa de College Drive. Estaba destinada a ser un estudio, no una vivienda familiar.

Mary Lore nos dio más información. La casa —la casita— era un regalo que Robert H. Earle, «Bob», había hecho a la Universidad, y el CBS la utilizaba como almacén de libros y para albergar a los escritores que pasaban una temporada en Reno.

—Bob vive en la casa grande que está en lo alto de vuestro jardín. Hacedle una visita. Se alegrará.

—Iremos en cuanto se nos pasen los efectos del cambio horario.

Nos despedimos de Mary Lore y empezamos a bajar las escaleras que unían la zona de oficinas de la Universidad con la biblioteca. Ángela me dijo que tenía cara de estar enfermo.

—Tengo dolor de cabeza, pero no es por el cambio horario, sino por Nabokov —dije—. Mientras hablaba con Mary Lore me he acordado de la otra Mary Lore, la enfermera que aparece en *Lolita*. ¿No te acuerdas? Con el permiso de Nabokov, Humbert Humbert la insulta llamándola «culona» y «puta gorda». Luego, por el mismo precio, lanza un salivazo al padre de la tal Mary Lore contando un viejo chiste sobre las relaciones sexuales entre los pastores vascos y las ovejas. Un pasaje asqueroso.

—En cualquier caso, estamos bajo los efectos del cambio horario —dijo Ángela—. Yo no me he acordado de la Mary Lore de Nabokov, pero tengo un dolor de cabeza tremendo.

DENNIS

Mary Lore hizo las gestiones en el rectorado de la Universidad y nos consiguió un despacho. Estaba en la biblioteca, detrás de las estanterías reservadas a los diccionarios y otros libros de consulta, y era pequeño, sin ventanas. Disponía, como todo mobiliario, de dos mesas, dos ordenadores, un archivador y un teléfono adosado a la pared.

Con todo, era un privilegio tener un lugar donde trabajar, y recibimos las llaves y nuestros códigos informáticos en el curso de una pequeña ceremonia.

Al despacho acudió enseguida uno de los responsables informáticos de la Universidad. Me pareció al principio un chico joven, porque físicamente era muy delgado y llevaba un flequillo al estilo *beatle* de los años sesenta, pero debía de tener unos treinta y cinco años. Se presentó diciendo que se llamaba Dennis.

—¿Va todo bien? ¿Funcionan las máquinas? —preguntó.

Se sentó delante de uno de los ordenadores, tecleó, fue a sentarse ante el otro ordenador, volvió a teclear y se levantó. En total, treinta segundos.

—Ya estáis dentro del sistema —dijo, acercándose a la puerta.

Se alejó del despacho pero volvió sobre sus pasos. Ida y vuelta, cinco segundos.

—He estado hablando con Bob de la seguridad de vuestra casa. ¿Cuándo pueden ir los exterminadores?

Entendimos que «Bob» era nuestro vecino, Robert H. Earle. Pero no sabíamos a qué se refería con lo de los «exterminadores».

Dennis tenía los brazos cruzados y se sujetaba la barbilla con una mano. No se decidía a contarnos lo que estaba pensando.

—El sótano de vuestra casa está lleno de libros. Además, tiene mucho arbusto alrededor. Es posible que haya arañas —dijo al fin—. Normalmente no pasa nada, pero es mejor no tenerlas debajo de la cama.

Frunció los labios y pronunció el nombre de la araña a la que se estaba refiriendo: *black widow*. La misma que en México llaman «viuda negra» o «migala».

—Puedes quedarte en casa cualquier día, ¿verdad? Que vayan los exterminadores cuando quieran —dijo Ángela. A ella le interesaba estar en el archivo del CBS desde

primera hora, pero yo no tenía horarios. Estaba en Reno por mi trabajo de escritor, no para dar clases o para una investigación.

—Que vayan mañana mismo. Cuanto antes nos libremos de las viudas negras, mejor —dije.

—¡Bien! —exclamó Dennis, levantando el pulgar.

Great!

Lo vimos alejarse por la biblioteca caminando a pasitos cortos y rápidos. Era una persona popular. Varios estudiantes que en aquel momento estaban sentados delante del ordenador levantaron la cabeza para saludarle.

LA ARAÑA

En las imágenes del ordenador la araña tenía un color negro y brillante, y parecía hecha de una materia mezcla de metal y plástico. Una mancha roja en forma de diábolo marcaba su vientre. Sus patas eran largas, fuertes, sin pelos, pulidas. Su cuerpo no alcanzaba el tamaño de una avellana.

Según el artículo que acompañaba a las imágenes, el veneno de la viuda negra era neurotóxico, y su mordedura, que en un primer momento parecía inocua, provocaba enseguida grandes dolores, los de un ataque al corazón y los de una apendicitis, ambos al mismo tiempo. Provocaba también temblores, postración, mareos, náuseas y, lo más grave, una subida violenta de la tensión arterial. Con todo —s subrayaba el artículo—, la mordedura pocas veces era mortal, y solo resultaba verdaderamente peligrosa en el caso de los niños y de los ancianos.

Índice

SILENCIO	9
LA CASA DE COLLEGE DRIVE	10
SEGUNDA NOCHE EN RENO	11
21 DE AGOSTO DE 2007. Noche	12
23 DE AGOSTO. Noche de televisión	13
EL SUEÑO	13
25 DE AGOSTO. Primer día de escuela	15
LA PELÍCULA DE LA NOCHE	15
NOCHE EN TACO'S	17
EL OJO DAÑADO Y EL OJO VIGILANTE	21
27 DE AGOSTO DE 2007. Mary Lore	22
DENNIS	23
LA ARAÑA	25
EL PRIMER MENSAJE	25
LLAMADA A MI MADRE	26
29 DE AGOSTO. Los exterminadores	27
COMO EL DIABLO EN LA BOTELLA	29
HELICÓPTEROS	31
UNA DOSIS DE MORFINA (Recuerdo)	31
12 DE SETIEMBRE. <i>University police would like to inform you...</i>	33
12 DE SETIEMBRE. Qué hacer en situaciones de riesgo	34
DE PASEO POR EL CENTRO DE RENO	34
LA VISITA	36
UNA VUELTA POR EL DESIERTO	38
EL PASTOR Y EL DESIERTO	55
MENSAJE A L. Reno, 18-09-2007	55
COMPRANDO LIBROS EN BORDERS	57
LA ARAÑA SIGUE VIVA	59

EXCURSIÓN A PYRAMID LAKE	60
PYRAMID LAKE (2)	63
DE SUTCLIFFE A RENO	67
MUERTE DE UN CABALLO (Recuerdo)	71
2 DE OCTUBRE. La primera nieve	76
LLAMADA A MI MADRE	76
EN EL HOSPITAL CON MI PADRE (Recuerdo)	77
12 DE OCTUBRE. Mensajes diferentes	78
14 DE OCTUBRE. El discurso de Barack Obama. «Pasa página en Irak»	79
TEXTBOOK BROKERS	83
22 DE OCTUBRE. Asalto sexual	85
26 DE OCTUBRE. Adiós a Steve Fossett	86
EN BUSCA DEL <i>SONIC ARROW</i>	89
LA MUJER QUE LEÍA EL <i>READER'S DIGEST</i> . Reflexión sobre las personas de lugares pobres	99
31 DE OCTUBRE. Día de Halloween. Monstruos	101
OTRO MONSTRUO: LEVIATHAN	102
AVISO DE LEVIATHAN TRES DÍAS DESPUÉS DE HALLOWEEN. <i>Reno Gazette-Journal</i> , 3-11-2007	103
UN DÍA TRANQUILO EN EL HOSPITAL. Recuerdo de un Halloween rural	103
EL COMPAÑERO DE HABITACIÓN DE MI PADRE	105
STEAMBOAT SPRINGS	107
EL LUCHADOR. Historia del padre de Paulino Uzcudun	109
EL BOXEADOR ANTE LA PRENSA	121
REFLEXIÓN SOBRE LA IMAGEN LEGADA POR PAULINO UZCUDUN	126
VIRGINIA CITY. Ciudad minera	135
Hotel Silver Queen	136
La cárcel	139
Bucket of Blood Saloon	140
WALGREENS DRUGSTORE	141
EL SUEÑO	142
MENSAJE A L. Reno, 09-11-2007	143

11 DE NOVIEMBRE. <i>Veterans Day</i> .	
Día de los Veteranos	144
<i>Veterans Day</i> . Noche	145
Mensaje a L.	145
14 DE NOVIEMBRE. Nuevo intento de violación en College Drive	146
LILIANA	147
20 DE NOVIEMBRE. Día de Acción de Gracias	149
JOSÉ FRANCISCO (Recuerdo)	164
El hombre y el eco (<i>The man and the echo</i>)	189
MENSAJE A L. Reno, 09-12-2007	190
15 DE DICIEMBRE. Se ha perdido un perro	192
17 DE DICIEMBRE. Conversación	192
23 DE DICIEMBRE. Camino de San Francisco	194
SAN FRANCISCO	199
Víspera de Navidad	199
Llamada a mi madre	200
De paseo	201
La isla de Alcatraz	202
30 DE DICIEMBRE. Vuelta a Reno	204
31 DE DICIEMBRE. De nuevo en College Drive	205
LLAMADA A MI MADRE	205
NOCHEVIEJA	206
La cena	207
La sobremesa	208
VICTOR Y LA NIEVE (Recuerdo)	210
6 DE ENERO. El cisne y Dennis	213
7 DE ENERO. De visita en el museo paiute	214
11 DE ENERO. El soldado David J. Drakulich	216
12 DE ENERO. Las cartas	217
14 DE ENERO. Barack Obama habla de nuevo	217
18 DE ENERO. Hillary Clinton en el Grand Sierra Resort	219
COMIDA EN EL CASINO HARRAH'S	223
VIAJE A ITALIA (Recuerdo)	225
BRIANNA DENISON	239

REPASO Y RESUMEN DE LO SUCEDIDO LOS DÍAS POSTERIORES AL SECUESTRO DE BRIANNA DENISON	244
Nieve	244
El helicóptero	245
Agentes especiales	245
Boletín de la policía de Reno	246
Descripción del sospechoso	246
Descripción de la víctima. Brianna Zunino Denison	246
Zapato de niño	247
Mensaje a L.	247
Respuesta rápida de L.	247
Los primeros sospechosos	248
La aportación de Dennis	248
Salmo 37	250
17 de febrero. Anuncio	251
MENSAJE A L. Reno, 18-2-2008	251
RESPUESTA DE L.	252
EL TABLÓN DE ANUNCIOS DE LA OFICINA DEL CBS	252
LA VIDA NO DEJA UNA SOLA PREGUNTA SIN RESPUESTA (Solo hay que darle tiempo)	256
WOLF PACK VS. HOUSTON COUGARS	259
MOMENTO	260
CONVERSACIÓN EN EL TANATORIO (Recuerdo)	260
VUELVE EL ASUNTO DE STEVE FOSSETT. 15-2-2008	264
SEGUNDO SUEÑO	266
<i>INDIAN TERRITORY MAP</i>	267
MARCANDO EL MAPA	270
MENSAJE A L. Beatty (Nevada), 19-03-2008	270
MENSAJE A L. Las Vegas (Nevada), 22-03-2008	272
MENSAJE A L. Springdale (Utah), 23-03-2008	273
MENSAJE A L. Torrey (Utah), 26-03-2008	275
MENSAJE A L. Kayenta (Arizona), 27-03-2008	276
MENSAJE A L. <i>Et in Arcadia ego</i> : la muerte	281
MENSAJE A L. <i>Et in Arcadia ego</i> : la violencia	281

30 DE MARZO. El monstruo	282
<i>THE CAT MAN</i>	282
DE NUEVO EN RENO	283
9 DE ABRIL. Una noticia del <i>Reno Gazette-Journal</i>	284
FUNERAL POR UN SOLDADO MUERTO EN IRAK	284
FUNERAL POR UN PASTOR VASCO	297
LA HISTORIA DE ADRIÁN Y NADIA (Según el relato escuchado en la orilla del río Truckee)	308
CABALLOS SALVAJES	326
RINGO BONAVERA Y LOS ÁNGELES. Fantasía (versión de Bob Earle)	330
7 DE MAYO. Los gastos de la búsqueda de Steve Fossett	336
LLAMADA DE TELÉFONO	336
12 DE MAYO. Siete llamadas telefónicas	337
SUEÑO QUE SIGUIÓ A LA MUERTE DE L.	337
ÚLTIMA CENA EN RENO	352
LLAMADA DESDE SAN FRANCISCO	362
ADIÓS A RENO	363
ÚLTIMA PIEZA	
IZASKUN ESTÁ EN EIBAR	365
NOTICIAS (<i>Post scriptum</i>)	397